

Alemania sufría todos los desórdenes y las calamidades de la anarquía. No obstante, después de la muerte de Guillermo de Holanda, que pereció en el año de 1256 queriendo reducir á los frisones rebeldes, habian elegido en su lugar á dos emperadores. Ricardo, hijo del rey Juan de Inglaterra y conde de Cornualles, que fué elegido el primero y coronado en Aquisgran el día de la Ascension del año de 1257, no pudo atender á los gastos indispensables para sostener su dignidad, y se vió obligado á volver á Inglaterra, donde murió cuatro años después. Alfonso X, rey de Castilla, elegido emperador dos meses después de Ricardo y detenido por las guerras contra los moros, tampoco pudo ir á tomar posesion del imperio. En medio de esta horrible confusion, los príncipes de Alemania acrecentaron mas que nunca su poder con perjuicio del de los emperadores, y muchas ciudades de Italia se erigieron en repúblicas, ó fueron usurpadas por señores que se formaron de ellas unos pequeños Estados.

Nunca se multiplicaron tanto las cruzadas como en estos tiempos de furor y de anarquía. Los partidos que se agitaban en el seno de la Germania se mostraban tan enemigos de la Religion que los obispos se veian precisados á tratarlos como tales. En Italia, el cardenal de Santa Cecilia hacia predicar con tanto ahinco contra los partidarios de Manfredo y particularmente contra los sarracenos de Nocera, siempre adictos á este partido, que dispensó del juramento contraido para el recobro de la Tierra Santa á los que tomaran la cruz para hacerles la guerra. Con igual ardor se predicaban en Francia estas dos cruzadas á un tiempo; esto es, contra Manfredo, en pro de Carlos de Anjou, y contra Bandochar, sultán de Egipto, que acababa de arruinar á Cesarea y se disponia para el sitio de Acre, única plaza fuerte que quedaba á los

cristianos en Palestina. En Inglaterra se predicaba la cruzada contra Simon de Monforte, conde de Lincester, hijo del famoso Simon, llamado el azote de los albigenses, y que solo se adquirió para sí el odioso renombre de Catilina de los ingleses. Estaba á la cabeza de los vasallos rebeldes del rey Enrique III, príncipe naturalmente bueno, pero inconstante y caprichoso, sin entereza ni política, igualmente incapaz de hacerse temer que de hacerse amar. La elevada reputacion de sabiduría y probidad que disfrutaba por do quiera el rey San Luis, le merecieron ser elegido por parte de Enrique y de sus barones por árbitro de sus controversias; pero la inquietud y el ardor intratable del genio británico violaron la sentencia arbitraria, casi al punto de ser proferida, á pesar de haber sido á gusto de los dos partidos. La rebelion no terminó hasta la muerte de Simon que fué derrotado y muerto en la batalla de Evesham en 4 de agosto de 1265, y le privaron de sepultura eclesiástica por haber muerto excomulgado. En España los movimientos de los reyes moros de Granada y de Murcia obligaron á predicar de nuevo la cruzada. Por último, predicóse esta en Hungría contra los tártaros, cuya especie de cristianismo, freno demasiado débil para su ambiciosa ferocidad, no les impedia amenazar con una terrible invasion á los países cristianos contiguos á este reino y al de Polonia.

Entretanto, el Gefe de la Iglesia no perdía de vista los intereses sagrados. Como permaneciese vacante la iglesia de York al cabo de mas de un año, sin que en tan largo tiempo se pasara á una eleccion mas canónica, Urbano la anuló y dió este arzobispado á San Buenaventura (1). Las necesidades de Inglaterra, donde la desunion y la guerra civil habian dado duros golpes á

(1) *Vading.* 1265, num. 146.

la disciplina, no exigian menos que un prelado de este mérito. No solo era venerado Buenaventura por la pureza de sus costumbres, por la austeridad de su vida, por su tierna piedad y sincera modestia, sino que su gravedad, su prudencia, su larga experiencia en el gobierno de la orden en que se habia grangeado el afecto general manteniendo perfectamente la regular observancia, le hicieron juzgar á propósito para todo. El Papa, habiendo dado su decreto y conociendo la humildad de Buenaventura, le estrechó con precepto de santa obediencia á condescender á la voluntad del Señor aceptando el arzobispado de York. Tales son los términos de la bula expedida á este objeto el 24 de noviembre de 1265, pero que no se puso en ejecucion. Fué tan ingeniosa la humildad de Buenaventura, y tanto pudo con el Santo Padre, que sin embargo de lo inflexible que se mostraba Su Santidad, no le obligó á aceptar el obispado.

Tambien rehusó Santo Tomás de Aquino el arzobispado de Nápoles que el Papa Clemente le habia conferido por una bula, en que le añadía las rentas de San Pedro *ad aram* (1). El santo doctor suplicó para siempre al Sumo Pontífice que no le diera ninguna dignidad eclesiástica, y le dejara acabar sus dias en la pobreza y humildad de su profesion: oscuridad ilustre, en la que sirvió mas esencialmente á la Iglesia que la mayor parte de los prebendados ensalzados á las primeras Sillas. Entonces estaba componiendo aquel cuerpo admirable de doctrina, que intituló *Suma de Teología*, y la dividió en tres partes, la primera natural, la segunda moral y la tercera sagrada. Trata en la primera de la naturaleza de Dios y de las criaturas, y en la tercera de la Encarnacion y de los Sacramentos. En la parte segunda, subdi-

(1) T. Luc. ap. Echarđ. p. 263.

vidida en otras dos, trata en primer lugar ó como él se espresa, en la primera segunda, de los vicios y de las virtudes. Bástenos indicar lo que todo el arte del análisis no podria menos de debilitar, sacándole de esta mina, tan rica y tan fecunda de las nociones especulativas de la escolástica y de la ciencia práctica de la salvacion. En ella bebieron por espacio de mas de cinco siglos los maestros mas grandes, sin que alguno de ellos, ni aun con el auxilio mismo de un fondo tan ventajoso, y con la facilidad de añadir á la primera invencion, haya dado jamás un cuerpo de teología tan perfecto, ya sea por la solidez de la doctrina, ó ya por el orden y el método. Esta grande obra fué compuesta durante el pontificado de Clemente IV, que duró unos tres años y nueve meses, y en toda la larga vacante que le siguió.

Habiendo muerto en Viterbo este Pontífice el 29 de noviembre de 1268, tuvieron los cardenales tal dificultad en convenirse sobre la eleccion de sucesor, que el podestat ó magistrado superior de la ciudad los encerró en el lugar donde se habian reunido en número de quince y los tuvo así cerca de tres años. En este intervalo, señalado precisamente por Guillermo de Pui-Laurent y por la cronología de Monforte seguida por los criticos modernos mas apreciables, y por consiguiente después de la muerte de Clemente IV, Carlos de Anjou hizo quitar la vida al joven Conrado ó Conradino, nieto del emperador Federico (1). Así es inútil el alegar con algunos apologistas simulados, que al parecer defienden á Clemente de haber contribuido á esta ejecucion bárbara; es mas que inútil, digo, alegar que Carlos fué reprendido por este Papa y por sus cardenales.

En el año 1269 fué cuando Conradino, refugiado en Alemania, en tanto que su tio

(1) V. Spond. ann. 1269, num. 6.



Manfredo le despojaba del reino de Sicilia, volvió á Italia para hacer valer sus pretensiones contra el vencedor de Manfredo. Habiendo sido derrotado en la Pulla, cayó poco despues en manos de su adversario, que le hizo condenar á muerte, y mandó ejecutar en público la sentencia fulminada contra él y contra otras cabezas augustas adictas á su partido. Este era el postrer príncipe de la casa imperial de Suabia que se habia hecho muy odiosa por el espíritu de cisma y por las repetidas vejaciones contra la Iglesia romana. Pero si estas consideraciones han podido disminuir la culpa del nuevo rey de Sicilia, no le han libertado del borron indeleble que imprime en su memoria.

i Lejos de desmentirse sobre la Santa Sede la virtud de Clemente IV, de quien acababa de verse privada la Iglesia, habia ido en aumento de dia en dia. No solamente su vida era muy pura, sino que tambien hacia admirar su penitencia y la modestia mas severa en el primer puesto del universo. No usaba de lienzo, dormia sobre una cama muy dura, y por espacio de mucho tiempo no comió carne. Fué muy celoso de la frecuencia de los sacramentos, que ya empezaba á olvidarse. A fin de escitar esta devocion autorizó por una bula la cofradia del Gonfanon, establecida en Roma en honor de la Santísima Virgen, imponiendo á los que se alistarán en ella la obligacion de confesar y comulgar tres veces al año. Tomó su nombre de la bandera que llevaba, y repútanla por la mas antigua de esta especie de instituciones, establecidas despues en tanto número segun este primer modelo.

A pesar de lo adicto que era el rey San Luis á los intereses de la Iglesia romana, y en particular á la persona de Clemente IV, habia tenido algunas contestaciones con este Pontífice. Aunque no se trataba mas que de dos arcedianatos, el uno en la catedral de Reims y el otro en la de Sens, quejóse Luis

ágramente á Roma; pero se prestaron por ambas partes á una composicion por lo tocante á la cuestion de Reims: el arcediano, nombrado por Clemente de una manera que se decia atacaba las regalías, hizo muy luego su dimision; procedió el Papa á darle una nueva colacion, segun el deseo del rey, y declaró espresamente que no habia sido su ánimo perjudicar al derecho de regalía (1). Respecto á la eleccion de Sens, el Papa no habia nombrado, ni nombró jamás á nadie para este arcedianato. Pero estando agregado ó adserito al servicio de la persona del Papa Clemente IV con el título de camarero, Pedro de Charni, arcediano de Sens, cuando fué elegido arzobispo de esta metrópoli y consagrado por el Papa, vino asi á vacar su arcedianato en la corte de Roma; y segun una constitucion que confirmaba el uso establecido desde Inocencio III, la colacion de este título correspondia al Papa. A las representaciones que hizo San Luis, contestó el Papa Clemente que no conferiria este beneficio antes de que el nuevo arzobispo hubiese visto al rey para informarle del derecho que asistia al Papa para la colacion. Luis, sin esperar á Charni, proveyó aquella dignidad en Gerardo de Rampillon, arcediano de Melun. Entonces, dice Fleury, quejóse el Papa al rey de no haberle guardado este los debidos miramientos en esta circunstancia. Prohibióse á Gerardo tomar posesion; pero despues de la muerte del Papa y del rey fué confirmado en el arcedianato por Gregorio X (2). Nótase que San Luis exigió, segun la costumbre, que Gerardo dejase su primer beneficio al pasar al segundo (3). Por el contrario, en Alemania era entonces un abuso muy comun que un mismo sugeto fuese canónigo de muchas

(1) Duboul. pag. 372; Prew. Lib. Gall. pag. 368.

(2) Duboul. p. 390.

(3) Lib. Gall. p. 4074.

catedrales, á fin de llegar con mas facilidad al episcopado.

En el año 1269 promulgó San Luis la famosa ordenanza conocida con el nombre de Pragmática sancion, por la cual restituye á las iglesias catedrales y á las abadias la libertad de elegir sus prelados, reprime las empresas de los señores y del clero contra los derechos agenos, y limita á las necesidades urgentes las imposiciones que la Santa Sede podia poner sobre las iglesias de Francia (1). Luis, por la gracia de Dios rey de los franceses, para perpétua memoria: Queriendo proveer á la tranquilidad de la Iglesia de nuestro reino, al aumento del culto divino y á la salvacion de las almas fieles, y deseando obtener la gracia y el auxilio de Dios Omnipotente (de solo el cual ha dependido siempre nuestro reino y bajo cuya proteccion le ponemos tambien ahora); por el presente edicto maduramente deliberado y que será perpétuo, hemos determinado y mandado lo que sigue: 1.º Que los prelados de las iglesias de nuestro reino, los patronos y colatores ordinarios de los beneficios, gozarán de sus plenos derechos y conservarán cada cual su respectiva jurisdiccion: 2.º Que las iglesias catedrales y las demas iglesias de nuestro reino tendrán sus elecciones libres, y estas elecciones surtirán todo su efecto: 3.º Que la simonia, este crimen tan pernicioso á la Iglesia, quede absolutamente desterrada de nuestro reino: 4.º Queremos y mandamos que las promociones, colaciones, provisiones y disposiciones de las prelaturas y demas beneficios y oficios eclesiásticos cualesquiera, se efectúen segun la disposicion, orden y determinacion del derecho comun, segun los sagrados concilios y las instituciones de los antiguos Padres: 5.º Renovamos, aplaudimos y aprobamos

las libertades, franquicias, prerogativas, derechos y privilegios concedidos por los reyes nuestros predecesores y por nosotros á las iglesias, monasterios y demas lugares pios, asi como á las personas religiosas y á los eclesiásticos de nuestro reino. Mandamos etc. (1). Pero entre esos artículos 4.º y 5.º algunos ejemplares ponen un sexto artículo que Fleury traduce asi: «No queremos de modo alguno que se impongan ó recauden las exacciones pecuniarias y las cargas pesadimas que la corte de Roma ha impuesto ó pudiera imponer á la Iglesia de nuestro reino y por las cuales se ve miserablemente empobrecido; á no ser por una causa razonable y muy urgente ó por una inevitable necesidad y de consentimiento libre y espreso de Nos y de la Iglesia de nuestro reino.» Por solo no hallarse este artículo sino en ciertos ejemplares, se sospecha justamente haber sido interpolado. Por otra parte, cuando se piensa en la piedad de San Luis, que no le habria permitido hablar de la Silla Apostólica en esos términos; cuando, en fin, se recuerdan las circunstancias del reinado de este príncipe, á quien el Soberano Pontífice nunca dió tales motivos de queja, no se vacila un momento en creer que semejante artículo ha sido realmente interpolado. ¿Cómo se conciliaria este estatuto atribuido al santo rey con lo que se lee, dice Sponde (2), en la Crónica de Normandia, á saber, que desde que se supo que el rey pedia al Papa Clemente el diezmo para el socorro de Tierra Santa, los cabildos de Reims, de Sens y de Rouen elevaron sentidas quejas al Papa para impedir que este accediese á la peticion del rey; y que el rey, muy irritado por esta conducta, habia escrito contra ellos al Papa,

(1) Labb. t. 11 Conc. p. 907.

(2) Continuation des Annales ecclesiastiques, an. 1268.

(1) Tom. 11 Conc. Gall.; Marca, de Concord. l. 3. cap. 1.



el cual habiendo recibido mal á los diputados de ellos concedió al rey el diezmo por tres años? Añadiremos con el P. Fontenay (1), que el rey no teniendo sino por qué alabar la facilidad con que el Papa accedió á lo que le pidió en punto al diezmo, parece que no daba esto ocasion para hacer un reglamento que contenía quejas tan vivas respecto de la conducta de la corte romana sobre la misma materia. Para completar la apreciacion de la *Pragmática*, réstanos decir que mas tarde habian de desenvolverse ámpliamente las consecuencias directas é indirectas de este acto que ha sido llamado el fundamento de las pretendidas libertades de la iglesia galicana.

La conservacion y el aumento de la fé eran los dos grandes móviles de las acciones de San Luis y el blanco invariable á donde se dirigian todas sus miras. Despues de su primera cruzada jamás se creyó exonerado enteramente del voto que hizo de combatir á los enemigos del nombre cristiano. Las noticias de las ventajas y nuevos escesos de estos en Tierra Santa le determinaron á llevar allá de nuevo sus armas con tanto mas ahinco, cuanto teniendo algun presentimiento del fin de sus dias, queria antes hacer alguna cosa grande para gloria de Dios y dejar un ejemplo memorable á las generaciones venideras. Habiendo penetrado el sultan Bandochar con un poderoso ejército en las tierras de los fieles de Palestina, se apoderó de todo el pais hasta las puertas de Acre. Por un afectado desprecio de nuestros santos misterios hizo demoler la iglesia del monte Tabor y arrasar hasta los fundamentos de la de Nazareth (2). Bandochar tomó despues á Cesarea y la arruinó, forzó el castillo de Arsouf, de donde llevó cerca de mil cautivos, y redujo á

(1) *Bibl. Orient.* pag. 204.(2) *Hist. de l'Eglise gall.*

composicion el fuerte de Sapheth. A los habitantes de este último lugar mandóles, bajo la pena de ser pasados por las armas, que todos se hiciesen musulmanes. Apostataron tan solo ocho; los otros que eran mas de seiscientos fueron degollados contra la fé del tratado. Bajaba su sangre como un arroyo por la montaña, en cuya cima estaba situada la fortaleza (1). El prior de los templarios y dos frailes menores que exhortaban á los mártires á la constancia, fueron desollados vivos, azotados bárbaramente en este estado, y por último decapitados (1269).

Al relatarle todos estos horrores al piadoso monarca, reanimóse el ardor de sus primeros años, é igual impresion pareció causar en todos sus súbditos y parientes. Todos sus hijos, á escepcion del cuarto que todavía era niño; su hermano Alfonso, conde de Poitiers y de Tolosa; su yerno Teobaldo, rey de Navarra y conde de Champaña; su sobrino Roberto, conde de Artois; Guido, conde de Flandes; Juan, hijo del conde de Bretaña, y otros muchos señores tomaron la cruz con él. Carlos de Anjou, rey de Sicilia, debia reunirsele tambien con un numeroso ejército. Mas al paso que no omitia ninguno de los medios naturales, este sábio y santo rey en solo Dios ponía toda su confianza (2). A fin de atraer las bendiciones del cielo sobre su empresa, redobló el fervor en los ejercicios ordinarios de su piedad, cuya relacion edificante nos trasmíten los historiadores de su vida. Véase aquí alguna parte, digna de crédito por el testimonio de las personas que le rodeaban mas de cerca; pero que el nombre de Luis IX, tan grande hombre como gran santo, no asegurará tal vez bastante contra los escarnios de la sabiduría impía de nuestro siglo.

(1) *Sanut.* pag. 222.(2) *Siffrid.* an. 1265.

Todos los dias asistia al oficio canónico, aun á las horas de la Virgen, y en sus viajes le rezaba á caballo con su confesor. Tambien rezaba todos los dias el oficio de difuntos con sus nueve lecciones. Habitualmente oía dos misas cada dia, y con frecuencia tres ó cuatro. Con igual asiduidad asistia á la palabra divina, y la oía con tanta atencion, que repetia luego todos los pasages mas interesantes á las personas que le acompañaban. Censurábanse ya en su tiempo estas devociones, pero él respondia sin cambiar ni en un ápice sus ideas: *si diese doble tiempo al juego ó á la caza, nada dirian*. Por espacio de muchos años conservó la costumbre de ir á media noche á maitines en su capilla, y hacer oracion á la vuelta otro tanto tiempo como habian durado los maitines; pero á consecuencia de las instancias que le hicieron manifestándole la delicadeza de su complexion, trasladó el ejercicio de estas devociones á la mañana. Por la tarde, despues de las completas en su capilla, mandaba hacer á un sacerdote la aspersion del agua bendita en toda su habitacion; pero especialmente sobre su cama. En su capilla introdujo la costumbre de arrodillarse al oír en la misa aquellas palabras del Credo, *et homo factus est* (1), y de postrarse cuando en la lectura que se hacia en la Pasion de la Semana Santa se llegaba al punto en que se dice que Jesucristo espiró; de aquí nos vienen estos usos piadosos.

A la piedad reunió la austeridad é hizo resplandecer en el trono ambas cualidades. Todos los viernes ayunaba, y en los miércoles nunca comia carne. En los viernes de Cuaresma y de Adviento no comia pescado ni aun frutas. Ayunaba á pan y agua el Viernes Santo, las vigiliass de las cuatro principales fiestas de la Virgen y otros

(1) *Duchesne tom. 5, pag. 466 et seq.*

varios dias del año. Se confesaba todos los viernes; y conforme la devocion de aquel tiempo, despues de la confesion tomaba la disciplina. Siempre temia que la magestad de la persona quitara alguna libertad al ministro de este sacramento y le repetia frecuentemente: *vos sois aquí el padre, y yo no soy sino el hijo*. Si habia que cerrar alguna puerta ó ventana, se levantaba con presteza, sin permitir que el confesor se adelantara. A mas de sus confesores habia suplicado á algunas personas de firmeza y de prudencia que le advirtiesen todo lo que notasen en él digno de reprehension, y siempre recibió sus consejos con las disposiciones oportunas. Largo tiempo llevó el cilicio durante el Adviento y Cuaresma y en las vigiliass de muchas festividades; pero habiéndole hecho convenir su confesor en que su salud no lo permitia, le dejó con docilidad, desquitándose sin embargo su piedad con un ceñidor de cerdas que no tenia los mismos inconvenientes.

La abundancia de sus limosnas era inconcebible á pesar de ser un rey tan poderoso. Imposible se hace numerarlas; solo podremos referir las particularidades mas propias para darnos alguna idea de las miras superiores de la fé viva que en ellas le dirigian. Todos los dias en cualquier parte donde estuviese daba de comer en su casa á ciento veinte pobres, y este número se aumentaba considerablemente en los dias de su especial devocion. Servíalos á menudo el rey por su mano antes de pasar él propio á comer: en algunos dias servia de este modo hasta doscientos. Admitia cada dia á comer y cenar á su mesa á tres pobres ancianos, haciéndoles servir los mismos manjares que á él le ponian. Todos los sábados lavaba tambien los pies á tres pobres ancianos, despues les daba alguna limosna de dinero y les servia por sí mismo la comida. Daba abundantemente á los hospitales y á todas las comunidades po-